



Biografía

Nombre real: JOSÉ MANUEL PÉREZ REYES

JOSÉ PÉREZ REYES

Nací en Asunción, en 1972. No exagero si digo que antes de aprender a leer y a escribir ya quería ser escritor. Mi abuela recordaba que luego de leerme quedaba fascinado y que entonces solía decirle, con toda la caradurez de un niño de menos de cinco años, que yo también quería crear libros. Ah, querés ser escritor entonces, me decían ella y mis padres: tranquilo, primero hay que ir a la escuela. Y sí. Hice todo ese camino. Ya en secundaria integré la academia literaria del colegio Dante Alighieri. Me recibí de abogado en la Universidad Nacional de Asunción.

Decidido a publicar, lancé mi primer libro de cuentos: LADRILLOS DEL TIEMPO (2002).

En el año 2007, en que Bogotá fue elegida como la Capital Mundial del Libro, la alcaldía de dicha ciudad y el certamen cultural británico Hay Festival, realizaron lo que se conoce como Bogotá 39, que es una selección de los autores más destacados de Latinoamérica menores de cuarenta años. Y yo fui elegido entre esos autores.

Unos meses después, publiqué la colección de cuentos CLONSONANTE (Arandurá, 2007), que obtuvo una Mención de Honor del Premio Municipal de Literatura 2008.

Fui incluido en varias antologías internacionales como Bogotá 39. "ANTOLOGÍA DE CUENTO LATINOAMERICANO", publicado por Ediciones B, DE LENGUA ME COMO UN CUENTO, editada por Axial, México 2009 y la versión online de El futuro no es nuestro.

Soy profesor de materias de Derecho en la Universidad del Norte y en la Universidad Iberoamericana. Dirijo el taller literario del colegio Goethe.

Contacto: perezreyesjose@gmail.com

Fuente: NUEVE CUENTOS NUEVOS, de CHESTER SWANN, EMILIA PIRIS GALEANO y JOSÉ PÉREZ REYES, Colección ALFAGUARA, Edición de Santillana S.A., Asunción - Paraguay, 2009 (79 páginas)

PÉREZ REYES, JOSÉ : Nació en Asunción en el año 1972. Escritor. Abogado egresado de la Universidad Nacional de Asunción. Profesor universitario.-

A su libro de cuentos "LADRILLOS DEL TIEMPO" (Editorial Arandurá, 2002), que contenía 15 cuentos escritos en el período 1990-2000, le siguió la inclusión de "ESE LABERINTO LLAMADO CIUDAD" en la antología publicada en Colombia por el Convenio Andrés Bello, luego de su participación en el 2003 en el III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España.-

Otros cuentos fueron publicados en periódicos paraguayos, en la revista del PEN Club y en la revista digital de literatura Paralelos que tradujo uno de sus cuentos al portugués.-

Dentro del marco de actividades de Bogotá, Capital Mundial del Libro 2007, con el certamen cultural británico Hay Festival, Pérez Reyes es elegido por un jurado como uno de los 39 escritores menores de 39 años más destacados de

América Latina, y pasa a integrar los numerosos eventos de Bogotá 39 y la "Antología de cuento latinoamericano" publicado por Ediciones B.

Su nuevo libro de cuentos, publicado en el 2007, se titula "CLONSONANTE".

Fuente: <http://www.joseperezreyes.blogspot.com/>

PÉREZ REYES, JOSÉ : A su libro de cuentos "LADRILLOS DEL TIEMPO" (Editorial Arandurã, 2002 y que incluía 15 cuentos escritos en el período 1990-2000), le siguió la inclusión de "ESE LABERINTO LLAMADO CIUDAD" en la antología publicada en Colombia por el Convenio Andrés Bello luego de su participación como escritor paraguayo en el III Encuentro de Nuevos Narradores de América Latina y España, llevado a cabo en las universidades Los Andes, Javeriana y Nacional de Bogotá noviembre de 2003.-

Otros cuentos fueron publicados en periódicos paraguayos, en la revista del "Pen Club del Paraguay" y en la revista digital de literatura "Paralelos" que tradujo uno de sus cuentos al portugués.-

En proceso de edición con la Editorial Arandurã se encuentra su siguiente libro de cuentos titulado "Consonante" presentado en 2007.-

En abril del 2007, dentro del marco de actividades de Bogotá, Capital Mundial del Libro 2007 es seleccionado, por un jurado conformado por Piedad Bonnett, Héctor Abad Faciolince y Oscar Collazos, como uno de los 39 escritores menores de 39 años más destacados de América Latina.-

Fuente: **SOCIEDAD DE ESCRITORES DEL PARAGUAY (SEP)**

Un rostro en el camino (Cuento)

UN ROSTRO EN EL CAMINO

Llanuras y rutas.

Cielo sin nubes.

Pocos vehículos en la carretera. La calurosa andanada de los días de enero menguaba el tránsito de la siesta.

Mucho verde a los costados y gris al frente.

Arriba, un tono celeste.

Era un día hilvanado por la aguja del tedio.

Ninguna cosa parecía quebrar esa monótona placidez de la nada.

Después de un asado familiar en Capiatá, Amílcar Olmedo iba manejando el pequeño vehículo que compró, usado y sin garantía, hace casi un año.

Ahora tenía una misión e iba a gran velocidad por la ruta 1, rumbo a San Ignacio, Misiones.

Sus parientes, invariablemente presentes en el asado, después de deliberar ante unos platos vaciados y vasos aún salpicados de espuma, le asignaron una misión; el principal pedazo, ya no del día sino para toda la vida: el destino de la casa que tenían allá en San Ignacio, propiedad del padre, don Juan Olmedo, quien había fallecido , hacía menos de

dos meses. Eran varios herederos y todos querían más de lo que había para repartir, hasta se alegrarían si alguno de ellos siguiera la suerte del viejo para que así les quedara una parcela más para distribuirse, y al decir distribuirse en ese tono sonaba a algo así como distrito de buitres, fue esa la impresión que zumbó en los oídos de Amílcar al abandonar esa mesa llena de parentela con hambre de algo más.

Se dirigía a la casa en cuestión donde actualmente el único que allí vivía era su hermano Tobías, para convencerle de que desistiera de la insensatez de poner a la venta esa casa. Tobías tenía previsto mudarse a una casa más chica, con menos pasado, en un barrio cercano, por eso, empeinado en dejarlo todo atrás, se disponía a colocar caprichosamente un letrero de "vendo" en la entrada de la casa familiar, sin consultar con los demás.

Amílcar tenía que hacer recapacitar a Tobías, debía sacarle de la cabeza esa obsesión de vender la finca en San Ignacio. Tenía que abrirse la sucesión, llevar adelante el debido proceso con documentos, llegar a la sentencia declaratoria de herederos, hacer la división de condominio entre todos. Tobías quería adjudicarse toda la propiedad alegando que él fue el único que allí cuidó y mantuvo al padre enfermo en esos últimos años. Quería adjudicarse solamente para vender y librarse de la propiedad que para él se transformó en sempiterna sala de enfermería. Pero las sucesiones no funcionan así. Ese inmueble vale por todo lo que ya les dio y por lo que esperan les siga dando a los hermanos. Así como está la situación económica, con tanta devaluación, sería malvender a un precio irrisorio, eso le diría. Poco podía intuir sobre la respuesta. Solamente conjeturaba que su hermano se había subido al tobogán de la ilusión; imposible bajarlo, hasta que se dé cuenta de que al otro lado del tobogán no hay nadie para recibir su caída. Pero eso lo pillaría recién durante la rápida pendiente, pensó Amílcar. Hay que hablarle, no tiene que precipitarse, Tobías no puede avasallar el derecho de la viuda y de los demás hermanos, eso era lo que todos habían pensado ante las brasas del asado. Si juntaban todas esas ideas familiares de seguro tendrían una especie de panal con abejas zumbando pero a diferencia de ellas, sus parientes no hacían trabajo conjunto, puro zumbido.

Preocupado y a la vez apurado, quería tener a alguien en el auto para charlar allí, para contarle éste u otro problema, del ámbito laboral o familiar, porque él es de la clase de personas que creen que se viene al mundo para hablar de los problemas, aunque también se daba cuenta de que ventilándolos así tampoco llegaba a solucionarlos.

En la radio hablaban de pensiones y jubilaciones de excombatientes de la guerra del Chaco

Apagó la radio para evitar ese debate que le traería recuerdos de su viejo, teniente Juan Olmedo, quien luchó tres años en ese inhóspito frente y le llevaría a relacionar con una guerra menos cruenta pero más lenta que ahora libraba su madre, con el interminable trámite que acababa de iniciar para acceder a la pensión correspondiente a viuda de excombatiente. En las oficinas públicas se libraba una guerra propia entre papeles.

Prefirió escuchar el viento en el trayecto de la ruta, ya que las emisoras, en fin, tampoco daban muchas opciones musicales. El olor a pastizal quemado le llegó como si fuera parte del sudoroso día.

Aminoró la marcha al cruzar el pueblo de San Miguel, al divisar, a un costado de la ruta, la lana tejida artesanalmente. Allí la gente lavaba, secaba, hilaba y teñía la lana. Con ella hacían de todo y en sus puestos al costado de la ruta, ofertaban camisas, polleras, frazadas, ponchos, alfombras, gorras, hamacas y colchas. Pensó en comprar alguna cosa, pero ahora tenía prisa. Lo haría a la vuelta y en este puesto, particularmente, porque aquí le encantó la sonrisa de una de las mujeres vendedoras apostadas cerca del árbol cuyas ramas eran usadas como perchero exhibidor de donde colgaban las prendas.

Entonces apareció dentro de su auto, sentada a su costado, una muchacha acelerada en sus gestos y en su forma de hablar.

Allí estaba esa desconocida joven hablándole con toda confianza, como si nada. Tenía cabellos y ojos negros, una expresión de cansancio en sus facciones flacas, las manos muy nerviosas para sus poco más de veinte años. Amílcar jamás la había visto, estaba tan concentrado en conducir, que no supo si el pesado calor le estaba jugando una broma.

Parecía una burla, ¿de dónde apareció esta chica y cómo entró aquí? Acaso era su deseo de conversar que tuvo eco y apareció aquí esta parlanchina enviada especialmente.

No había tiempo para conjeturas, había que manejar. En vano le preguntaba quién era o cómo había subido al auto. La extraña no respondía sus preguntas, sólo hablaba sin parar, contaba sus problemas como si a alguien le importara. Era como si estuviese hablando sola, ni le miraba al conductor, sólo fugazmente a través del espejo retrovisor. Nada daba a entender que pudiera tener intenciones de robo. Será mejor bajarla aquí mismo, pensó Amílcar, o si no más allá de la siguiente curva.

No había oportunidad de pisar el freno, había un apremio familiar para llegar a destino. No tuvo tiempo para aclararse ninguna duda. La entrometida hablaba y llegaba al extremo de la situación atribuyéndose la facultad de reprocharle cosas al incluirle, sin razón alguna, entre sus problemas.

Esa crítica a destiempo puso más nervioso a Amílcar, que ante la falta de respuesta por parte de la atrevida, seguía preguntándose de quién se trataba.

No sabe cómo ella entró, pero sospechaba que ocurrió al aminorar la velocidad cerca del puesto de venta de lanas, aunque ese lapso no pudo haber sido suficiente. Además, el automóvil había estado en marcha todo el tiempo, se garantizó a sí mismo.

La extraña le pidió que le invite un cigarrillo.

Amílcar se negó y ella, con un rápido movimiento, tomó un cigarrillo de la cajetilla reclinada en el tablero pero, al sacarlo, su impulso echó la cajetilla.

Simuló recoger las cosas y le rogó que le encendiera el cigarrillo. Él reprochó este abuso de confianza. La insistente polizonte se ponía a jugar con las reglas prohibitivas y argumentaba que hasta los que van a ser fusilados acceden a un último cigarrillo, que hasta a los condenados se les concede eso, y que así se les cumple su último deseo.

Amílcar Olmedo, transformado ya en complaciente chofer, hizo un gesto despectivo y no pudo evitar recoger la cajetilla, que contenía también el encendedor, que entonces iba y venía rodando cerca de los pedales.

Las cosas que uno hace por una mujer, aunque sea una desconocida, refunfuñó él, aunque ella seguía tan poco interesada en escucharle, ya que para llenar el aire le bastaba su propia voz. Sea como fuere, era su último favor, ya estaba harto de esta intromisión y decidido a bajarla aunque sea a la fuerza, después de la próxima curva.

De la cajetilla extrajo el encendedor y cuando lo arrimó al cigarrillo que temblaba en la boca de la intrusa, ésta comentó jocosamente que era una barbaridad este calor infernal que llevaba a la locura, sin embargo parecía tranquilizarse al empezar a fumar.

Fue entonces cuando el conductor, en ese descuido de extenderle la mano y mirarle hablar, no vio el auto que rápidamente venía en sentido contrario, girando la cerrada curva apenas señalizada en la ruta.

Amílcar reconoció, detrás del parabrisas, la cara de la conductora del otro vehículo que venía directo hacia él, era el mismo rostro de la chica que se había sentado a su lado. Quien manejaba el otro automóvil era la intrusa habladora y que ahora se llevaba, tranquilamente, el cigarrillo a la boca, pero en su propio auto que se le venía encima a gran velocidad.

Demasiado tarde para desviar, el choque fatal fue inminente.

(Fuente: “[REVISTA DEL PEN CLUB DEL PARAGUAY. POETAS – ENSAYISTAS - NARRADORES](#)”. IV ÉPOCA - Nº 16. Arandurá Editorial, Asunción-Paraguay, Noviembre 2008)

Ingresar al Perfil Completo en [PortalGuarani.com](#) ➤